



**Universitat de les  
Illes Balears**

**Títol: Mente extendida y descriptivismo: un análisis  
filosófico-lingüístico de la cognición**

**NOM AUTOR: Miquel Company Obrador**

**Memòria del Treball de Fi de Màster**

**Màster Universitari de Filosofia  
(Especialitat/Itinerari de Filosofia de la Ciència)  
de la**

**UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS**

**Curs Acadèmic 2016-2017**

**Data: 13/06/2017**

**Signatura de l'autor**

**Nom Tutor del Treball: Juan Bautista Bengoetxea Cousillas**

**Signatura Tutor**

**Acceptat pel Director del Màster Universitari de Filosofia**

**Signatura**

## I. INTRODUCCIÓN

Dos tipos de expresiones lingüísticas han ocupado una parte importante de las discusiones en filosofía del lenguaje: los nombres propios y las descripciones. Por una parte, los nombres manifiestan una naturaleza poco común. Ante la pregunta por su significado, parece obvio que consiste en designar un determinado objeto. No obstante, si abogamos por esta respuesta, aparecen una serie de tensiones que son conocidas como los rompecabezas clásicos. Frege proporciona una vía para resolver estos rompecabezas basada en la noción de «sentido». El sentido de un nombre es el intermediario semántico entre el propio signo (el símbolo lingüístico) y la referencia, que se explicita mediante una descripción. Russell, aunque difiere en el fondo de esta concepción, coincide en sostener que ciertas descripciones definidas otorgan el significado de los nombres. Posteriormente, Searle modifica los supuestos iniciales en la denominada teoría del racimo.

Por otra parte, estas ideas se extienden también a los términos generales, cuya extensión es determinada por el sentido o intensión. Las propuestas de Frege y Russell dan lugar a la teoría descriptivista, que ocupará la primera sección. A esta tradición se opone Kripke y, en menor medida, Putnam, retornando parcialmente a una concepción en que los nombres propios agotan su significado en la referencia y que ambos autores extendieron para los términos de género natural. De Kripke y Putnam nos ocuparemos en la segunda sección.

Teniendo en cuenta este marco, el propósito de este trabajo es mostrar cómo un enfoque filosófico-lingüístico puede aplicarse al debate en torno a la cognición. Recientemente, ha surgido la teoría de la mente tecnológicamente extendida, cuyo lema es «no todos los procesos cognitivos están en la cabeza». Esta hipótesis ha suscitado la oposición de Adams y Aizawa desde posturas esencialistas de la cognición. Ambas posturas se examinarán en la tercera sección.

Finalmente, en la cuarta sección propondré que las tesis que defienden Adams y Aizawa son equiparables, en términos filosófico-lingüísticos, a las de Kripke y Putnam y que las consecuencias derivadas de ello, como su esencialismo, no añaden nada sustantivo a la cuestión del significado en torno a la cognición (excepto en contextos metafísico desvinculados de la práctica real en ciencias cognitivas). Argumentaré, en la línea del análisis de Dummett, que una teoría del sentido proporciona una base adecuada para discernir el componente cognoscitivo de expresiones como el término «cognición» y que la propuesta de la cognición integrada de Richard Menary elabora criterios que debe satisfacer todo sistema cognitivo, más allá de fijar metafísicamente la marca distintiva de la cognición.

## II. LA TEORÍA DESCRIPTIVISTA

### 1. FREGE Y LA NOCIÓN DE «SENTIDO»

Undoubtedly proper names provide the most difficult case for the distinction between sense and reference, which is why discussions of that distinction tend to concentrate upon them  
(Dummett 1978: 140).

Gottlob Frege elabora ([1892] 2012) la noción de «sentido» para resolver el rompecabezas de la identidad. El problema concierne a la igualdad o identidad en enunciados del tipo  $a = b$ . Si consideramos la igualdad como una relación entre objetos, esto es, entre lo que refieren  $a$  y  $b$ , entonces  $a = b$  no sería distinto de un enunciado como  $a = a$  (siempre se trataría del mismo objeto). Pero  $a = a$  es un enunciado que expresa la ley de autoidentidad: es una verdad lógica trivial, una tautología que no aporta información, como sí parece que ocurre en  $a = b$ .

- (1) La estrella matutina es la estrella vespertina
- (2) Venus es Venus

(1) sería un caso de  $a = b$ ; (2) de  $a = a$ . El descubrimiento de que la estrella matutina era el mismo cuerpo celeste —Venus— que la estrella vespertina fue un logro astronómico, fruto de investigaciones, que aportó conocimiento. (1) no puede compartir el mismo valor cognoscitivo que (2). (1) es, en efecto, un enunciado sintético *a posteriori* y no puede equipararse a  $a = a$ . Parece que la relación entre  $a$  y  $b$  debe ser una relación entre signos, siendo los signos  $a$  y  $b$  sustituibles por términos singulares, cuya referencia coincide. Así,  $a$  y  $b$  designan el mismo objeto pero de formas diferentes. Un signo o nombre<sup>1</sup> indica lo designado y el modo en que lo designa: la estrella matutina y la estrella vespertina presentan modos distintos de designar el mismo objeto. Frege denominó «sentido» al modo de presentación del nombre. La estrella matutina y la estrella vespertina poseen sentidos distintos. De este modo, se consigue dar cuenta de algo aparentemente sencillo pero de difícil explicitación: que un objeto puede designarse de varias maneras distintas y que el conocimiento de dos modos de designar lo mismo es valioso cognoscitivamente (Frege [1892] 2012).

---

<sup>1</sup> En Frege, «nombre» es casi sinónimo de término singular, y entre los términos singulares contarían también descripciones definidas tales como «la estrella vespertina» o «el autor del *Quijote*» (cf. [1892] 2012).

No debe confundirse el sentido de un nombre con la representación que un hablante particular asocia con él. La representación es una imagen subjetiva de la que uno no puede hacer partícipe a otro. Por el contrario, el sentido es compartible y público. La representación no desempeña ningún papel en la determinación de la referencia, como sí es el caso en el sentido. Esta medida profiláctica por parte de Frege responde a su rechazo frontal de las teorías basadas en explicaciones de estados psicológicos privados: el rechazo del psicologismo (cf. Dummett 1978: 94). A pesar de que este principio ha sido adoptado de forma casi unánime en filosofía del lenguaje, la noción de «sentido» tal y como la propuso Frege presenta algunas dificultades —en particular, veremos en la siguiente y última sección algunas objeciones en torno a la fragmentación del sentido en idiolectos—. Es el propio Frege quien, curiosamente, identifica el problema:

Por lo que respecta a un nombre propio genuino como «Aristóteles», las opiniones sobre su sentido pueden ser, desde luego, discrepantes. Se podría suponer, por ejemplo, que es lo siguiente: el discípulo de Platón y el maestro de Alejandro Magno. Quien hace esto asignará a la oración «Aristóteles nació en Estagira» un sentido distinto que aquél que supone que el sentido del nombre es: el maestro de Alejandro Magno que nació en Estagira. Ahora bien, mientras la referencia sea la misma pueden admitirse esas variaciones de sentido [...] (Frege [1892] 2012: 30, nota 2).

¿Cómo es posible la comunicación entre dos hablantes si cada uno posee su propio sentido particular de un nombre? Podrían entender cosas totalmente distintas. La admisión por parte de Frege de que la comunicación es posible mientras se conserve la referencia, aun cuando los interlocutores capten sentidos distintos, no soluciona el problema porque como hemos visto en el rompecabezas de la identidad, no es lo mismo  $a = a$  que  $a = b$ . Supongamos que yo sé que Aristóteles fue el fundador del Liceo (y poco más) y mi interlocutor sabe que Aristóteles fue el maestro de Alejandro (y poco más). Si yo —en el curso de lo que parece ser un diálogo de besugos— profiero “sí, claro, el fundador del Liceo”, dado que mi interlocutor no sabe quién es el referente de este término singular, no sabrá de qué le estoy hablando. Le haría falta construir el enunciado de identidad «El fundador del Liceo es [fue] el maestro de Alejandro» —de tipo  $a = b$ —. No es coherente que Frege admita esta circunstancia, sobre todo teniendo en cuenta que se ha esforzado en resaltar el valor cognoscitivo de enunciados del tipo  $a = b$ . Parfraseando sus palabras, aunque la referencia sea la misma, *no* pueden admitirse variaciones de sentido si se quiere garantizar su utilidad comunicativa. Pero dejemos por el momento de lado esta cuestión y volvamos a Frege.

Si se pretende consolidar la noción de sentido, se debe dar cuenta de qué relación guarda con las oraciones asertóricas completas. De hecho, Frege consideró que una oración es la unidad lingüística a partir de la cual se debe articular una teoría del significado.<sup>2</sup> Así como los términos singulares poseen sentido, Frege denomina «pensamiento» a eso que constituiría el sentido de una oración. Este paso es fundamental porque Frege elabora primitivamente la noción que conocemos como «contenido proposicional» de una oración, rehuyendo la conexión con actos psicológicos, en su línea de oposición al psicologismo.<sup>3</sup> «Sentido» y «pensamiento» están a la par aunque a diferentes niveles lingüísticos —términos singulares y oraciones—. El pensamiento, consiguientemente, no se equipara con la referencia, pero entonces ¿qué designa o qué relación establece con el mundo? Frege señaló que las aserciones son aquellas oraciones susceptibles de ser verdaderas o falsas. Para entender una aserción hay que saber en qué consiste aseverar algo y cuál es el contenido de esa aserción. Esto último se concreta en conocer qué condiciones debe satisfacer una aserción para ser verdadera. Una oración debe estar correctamente expresada —de acuerdo con reglas— para que se le puedan adscribir condiciones de verdad. La referencia es en un nombre lo que el valor de verdad es en una oración: “Entiendo por valor de verdad de una oración la circunstancia de que es verdadera o falsa” (Frege [1892] 2012: 35). La determinación de la verdad debe incluir la realidad extralingüística; es aquí donde también se sitúa la noción de «referencia». La referencia de un nombre y el valor de verdad de una oración son entidades extralingüísticas.

Por otra parte, y según la reconstrucción del aparato teórico fregeano por parte de Michael Dummett (1978), como la oración es la estructura lingüística central, el significado de un término se determina mediante la contribución que hace en el conjunto de la oración en que se encuentra. El valor semántico de una oración es aquella condición necesaria y suficiente para ser determinada como verdadera o falsa, de acuerdo con sus componentes. Una oración es una expresión lingüística compleja, formada a partir de expresiones simples. Los componentes simples son las expresiones que constituyen la oración y también poseen valor semántico en función de su determinación del valor semántico de la oración a la que pertenecen. De manera que estas expresiones también poseen sentido: su sentido es aquel ingrediente de su significado que contribuye, en su medida, a determinar las condiciones de verdad de la oración en la que se encuentra; esto es, su valor semántico. En conclusión, no sólo poseen sentido los nombres

---

<sup>2</sup> Cf. Dummett (1978: Capítulo 9).

<sup>3</sup> “Entiendo por pensamiento no el acto subjetivo de pensar, sino su contenido objetivo, que es capaz de ser propiedad común de muchos” (Frege [1892] 2012: 34, nota 5).

—términos singulares—, sino todas las expresiones lingüísticas que contribuyan a construir correctamente una oración completa.

## 2. NOMBRES Y DESCRIPCIONES EN RUSSELL

La teoría de las descripciones de Bertrand Russell nace en gran medida como una reacción a la postulación de objetos irreales (o imposibles, como el círculo cuadrado) a la que obliga una teoría ingenua de la referencia. Ante la oración «ayer vi un unicornio», si admitimos que significa algo, dado que todo lo significativo posee referencia, nos vemos obligados a postular algo que no se encuentra en el mundo. Russell aplica como principio no admitir nada irreal. En el caso del rompecabezas de los existenciales negativos como, por ejemplo, «No existe una montaña de oro», no hay nada que sea una montaña de oro que no posea la propiedad de existir (lo cual tiene un aspecto paradójico, pues ¿cómo puede haber algo que *no hay*?). En este punto, Russell argumenta que la forma gramatical de la oración anterior no se corresponde a (o confunde) su forma lógica. Esto se puede expresar en términos de «no hay nada que sea una montaña y que sea de oro». La forma gramatical anterior es confusa porque en «no existe una montaña de oro»; «montaña de oro» parece designar un objeto, pero no hay nada en el mundo como una montaña de oro. Asumir que «montaña de oro» designa un objeto y después negar su existencia con el predicado es una contradicción. De esta forma, Russell consigue que las oraciones de existenciales negativos posean significado sin que por ello nos veamos abocados a postular entidades irreales o imposibles.

Aferrado a este sentido de realidad, Russell sostiene que las expresiones singulares genuinas son aquellas que están en lugar del objeto que designan: los nombres. Los nombres son símbolos simples a diferencia de las descripciones definidas de la forma el tal-y-tal como «el autor de Waverley», puesto que la descripción está formada por varios símbolos (las palabras que la componen) y su significado no depende de aquello que designa, pues podemos entenderla sin saberlo. No es el caso para los nombres, cuyo significado está vinculado a la designación de una cosa particular. Se puede apreciar cierta distancia respecto de la concepción fregeana de los nombres, que además de referencia, poseen sentido. De hecho, Russell se enfrenta al rompecabezas de la identidad y obtiene conclusiones alejadas de las de Frege. «Scott es el autor de Waverley» es informativo —“a fact in literary history” (Russell 1919: 174)—, que podríamos, para enlazar con lo anterior, vincular a enunciados del tipo  $a = b$ ; y «Scott es Scott» sería una verdad trivial del tipo  $a = a$ . Ahora bien, un enunciado de identidad con dos nombres distintos, pero con la misma referencia, como por ejemplo «Scott es Sir Walter», no es

informativo. Los nombres, cuando son usados como nombres, agotan su función refiriendo al portador, al objeto que designan. La ley de identidad ( $x = x$ ) se aplica sin problemas en el caso de los nombres: Sócrates es Sócrates, Platón es Platón. Ahora bien, en el caso de las descripciones no es así: «el autor de Waverley es el autor de Waverley» podría incumplir la ley de identidad porque es necesario que el tal-y-tal exista. Con el ejemplo «el actual rey de Francia es el actual rey de Francia» se observa claramente que la oración es falsa. La descripción definida «el actual rey de Francia» no describe nada. Es en las descripciones donde puede asociarse un predicado de existencia: en un nombre no es posible porque si realmente es un nombre, ya se presupone la existencia de lo que designa. Un nombre que fracasa a la hora de nombrar algo no es un nombre y el símbolo en cuestión carece de significado. Si algo es un nombre, entonces nombrará algo. En cambio, «el actual rey de Francia», aunque no acierta a describir nada, sí posee significado.

Russell observa que el comportamiento de los nombres comunes no se corresponde con lo que había mantenido: su objetivo es dar cuenta filosóficamente de los nombres y las descripciones, pero es consciente de que, por ejemplo, podemos indagar —no filosóficamente— acerca de si Homero existió o no, cosa que sería incoherente de acuerdo con sus consideraciones anteriores. Según Russell, en la práctica lingüística *cotidiana*

We may even go so far as to say that, in all such knowledge as can be expressed in words [...] no names, in the strict sense, occur, but what seem like names are really descriptions [...] And so, when we ask whether Homer existed, we are using the word «Homer» as an abbreviate description: we may replace it by (say) «the author of the *Iliad* and the *Odyssey*». The same considerations apply to almost all uses of what look like proper names” (Russell 1919: 178-179).

Esta es una de las tesis russellianas más longevas en filosofía del lenguaje: los nombres funcionan como descripciones abreviadas. Uno podría pensar que esto choca con lo que Russell defiende para los nombres genuinos, esto es, que no concuerda con su interés inicial en mantener que los nombres están en lugar de la cosa particular que designan. Veremos en la sección siguiente cómo Kripke, a pesar de erigir una oposición encarnizada al descriptivismo russelliano, coincide con la concepción meramente referencial de los nombres.

### 3. LA TEORÍA DEL RACIMO DE SEARLE

La denominada teoría del racimo nace a raíz de la constatación de que, en muchas ocasiones, no disponemos de un significado preciso de los nombres propios. Pensemos en «Julio César». Una teoría descriptiva clásica diría «Julio César es el emperador romano más célebre». «El emperador romano más célebre» representa la descripción identificadora de «Julio César». Pero podría descubrirse una extensa colección de documentos históricos de la época hasta ahora perdida cuya investigación concluyese que en realidad hubo otro emperador más encumbrado. John Searle, defensor de la teoría, señala tanto carencias de una teoría de la referencia de los nombres propios como de una teoría del sentido.

Por una parte, una teoría del sentido atenta contra la intuición básica de que llamar a una cosa por su nombre no significa estar describiendo esa cosa: “Nombrar es una preparación para describir, no un modo de describir” (Searle [1967] 2012: 107). A esto hay que añadir que los nombres propios no tienen definiciones al uso. Y si hacemos equivaler una descripción definida y un nombre propio, una oración con un nombre propio como sujeto y una descripción definida identificadora (esto es, que identifique uno y sólo un objeto) como predicado sería analítica. «Julio César fue el conquistador romano de las Galias» sería analítica. Para Searle, la consecuencia de que los nombres propios son descripciones definidas abreviadas es indeseable porque parece violar la función principal de indicar la referencia. Por otra parte, las teorías del no-sentido tampoco serían satisfactorias, aquejadas de los problemas derivados de los rompecabezas clásicos —entre ellos el de la identidad, visto en el apartado sobre Frege—.

Searle plantea dos preguntas: [1] ¿Hay proposiciones que contengan un nombre propio como sujeto y una expresión descriptiva como predicado analítico? Efectivamente, «el Everest es una montaña» cumple esas condiciones. Pero esto no resuelve el problema porque el hecho de que «Everest» sea una montaña no proporciona un criterio identificador del Everest (hay muchas otras montañas). Hay que buscar una descripción específica. [2] ¿Hay enunciados analíticos donde el sujeto sea un nombre propio y el predicado una descripción que sea suficientemente específica como para identificar uno y solo un objeto (a partir de aquí, denominada ‘descripción identificadora’)? (Searle [1967] 2012: 109). Parece que sí puede haber una respuesta afirmativa: ya sea por medio de ostensión o de descripción, se presupone que la capacidad de usar un nombre correctamente está vinculada a un conocimiento de suficientes características del objeto como para distinguirlo de otros objetos. Veámoslo a través del ejemplo de Julio César. Los hablantes que usan este nombre correctamente probablemente asocian un conjunto indeterminado de descripciones identificadoras como: ‘el conquistador romano de las Galias’,



‘el que recibió en el 47 a.C. el título de emperador perpetuo’, ‘el emperador asesinado por Bruto’, etc. Searle señala que, aunque ninguna de estas descripciones está ligada analíticamente con el nombre ‘Julio César’, algún subconjunto indefinido de ellas sí lo está. De manera aislada, ‘Julio César fue el emperador asesinado por Bruto’ no es un enunciado analítico porque, supongamos, podría ocurrir que los investigadores descubrieran que no fue Bruto el causante de su muerte, sino un ataque al corazón. Searle sostiene que “el conjunto de enunciados sobre [‘Julio César’] constituye el respaldo descriptivo en virtud del cual y sólo en virtud del cual podemos enseñar y usar el nombre” (Searle [1967] 2012: 112). Consideremos un par de apuntes: primero, que este conjunto consta de un número que no está especificado; y segundo, que si ningún objeto satisface al menos una de las descripciones del conjunto, entonces es que no hay ningún objeto idéntico al portador del nombre.

En relación con esto, se plantea la cuestión del sentido en los nombres propios. Propone que la noción de sentido no tiene que ver con cómo se usan los nombres sino con la conexión lógica, aunque de *modo laxo* con características del objeto. Searle sitúa su propuesta entre Mill y Frege. Del primero recoge la tesis según la cual los nombres señalan una referencia y del segundo que todos los términos singulares contienen cierto modo de presentación, un sentido, apartándose, eso sí, de la idea que se puede substituir el nombre por una descripción identificadora; los nombres propios tienen un sentido impreciso.

Para Frege y Russell los nombres propios tienen un significado preciso. Por eso no son más que abreviatura de los criterios para identificar el objeto. Searle apela a la práctica lingüística para hacer manifiesta la gran utilidad de los nombres propios, pues estos permiten a los hablantes referirse al mismo objeto sin disputas acerca de qué características deberían asociarse primordialmente con el objeto: “[los nombres propios] funcionan no como descripciones, sino como perchas en las que colgar descripciones” (Searle [1967] 2012: 113).

La teoría del racimo refuerza el respaldo descriptivo de los nombres propios y además se acerca a una concepción del lenguaje social al contemplar cierta dimensión convencional —acuerdos para los nombres—. A pesar de los esfuerzos, la propuesta de Searle recibirá críticas severas provenientes de la teoría de la referencia directa de Kripke, que veremos en la siguiente sección.

### III. NOMBRAR, NECESIDAD Y ESENCIA

#### 1. LA TEORÍA DEL NOMBRAR DE KRIPKE

La propuesta de Saul Kripke en *Naming and Necessity* (N&N, en adelante) se presenta como una alternativa a la teoría descriptivista tradicional. Contra la concepción Frege-Russell, como él mismo la denomina, un nombre no es una descripción definida abreviada o disfrazada, ni es el caso que esa descripción otorgue el sentido al nombre (1980: 27). Los nombres propios agotan su significado al denotar el referente.<sup>4</sup> El posicionamiento de Kripke contra el supuesto de que el significado de un nombre lo proporciona una descripción o racimo de descripciones se basa en el diferente perfil que presentan los nombres y las descripciones en contextos modales. Los operadores modales básicos son «necesidad» y «posibilidad», y se interdefinen del siguiente modo:  $A$  es necesario  $\text{syss}$  no es posible que no  $A$ ; y, por otro lado,  $A$  es posible  $\text{syss}$  no es necesario que no  $A$ .<sup>5</sup> A pesar del carácter lógico de estos operadores, Kripke enfatiza su aplicación metafísica. N&N contiene una teoría metafísica de la verdad necesaria, donde el concepto de necesidad se construye sobre la noción fundamental de «mundo posible»: una oración es necesariamente verdadera si y sólo si es verdadera en todo mundo posible. ¿Qué es un mundo posible? Es una situación que podría haberse dado, pero que de hecho no ha ocurrido. Consiste, por ende, en la suposición de un estado de cosas posible en que se describe una situación hipotética. Conviene precisar que en un mundo posible no nos encontramos nada dado, sino que se estipula una serie de circunstancias<sup>6</sup> para reflejar algo que podría haberse dado.<sup>7</sup>

Por otra parte, la noción de mundo posible permite elaborar una teoría del significado, substituyendo las condiciones de verdad tradicionales por mundo posibles. Así, una oración es verdadera en los mundos posibles en que sea verdadera. El significado siempre apunta a la referencia; o, de otro modo, el significado proporciona la condiciones en que una expresión lingüística es verdadera en cualquier mundo posible. A raíz de este planteamiento, la teoría de Kripke se ha denominado *semántica de mundos posibles* o *teoría de la referencia directa*. En

---

<sup>4</sup> Kripke hereda de Mill su concepción de los nombres propios: “There is a well known doctrine of John Stuart Mill, in his book *A System of Logic*, that names have denotation but not connotation” (1980: 26).

<sup>5</sup> Necesidad:  $\Box A \equiv \neg \Diamond \neg A$ ; posibilidad:  $\Diamond A \equiv \neg \Box \neg A$ .

<sup>6</sup> Circunstancias que deben ser lógicamente consistentes. No valdría decir “en algún mundo posible los círculos no son circulares”. Esto implicaría la violación del principio de no contradicción.

<sup>7</sup> “A possible world is given by the descriptive conditions we associate with it. [...] «Possible worlds» are stipulated, not discovered by powerful telescopes” (Kripke 1980: 44).

último término, el significado es aquello que vincula los mundos posibles con la referencia (términos singulares) o la extensión (términos generales). La noción de «mundo posible» es el vínculo entre la teoría de la verdad necesaria y la teoría del nombrar en N&N.

Como ya se ha adelantado, Kripke elabora una crítica a la concepción descriptivista de los nombres propios mediante argumentos modales. El procedimiento consiste en introducir operadores modales sobre oraciones compuestas típicamente por un nombre como sujeto y una descripción definida identificadora como predicado:

(3) Alfred Hitchcock fue el director de *Extraños en un tren*.

(4) Necesariamente, Alfred Hitchcock fue el director de *Extraños en un tren*.

En (3), la propiedad «ser el director de *Extraños en un tren*» es constitutiva del significado de «Alfred Hitchcock», de acuerdo con la teoría descriptivista. Dado que es verdadera, tendría que ser analítica y, por tanto, necesariamente verdadera. Así, no habría ningún problema con (4). No obstante, ¿podría haber un mundo posible en que Hitchcock pudiera no haber sido el director de *Extraños en un tren*? Supongamos que en un mundo posible Hitchcock hubiera sido ingeniero naval y que la idea de dirigir films hubiese sido tan remota como un retiro espiritual en el Tíbet. Esta posibilidad es perfectamente consistente con la semántica de mundos posibles. Por tanto, (5) es verdadera:

(5) Alfred Hitchcock podría no haber sido el director de *Extraños en un tren*.

Kripke muestra que, frente a lo que sostiene la teoría descriptivista, (4) es falsa. No es necesario que Hitchcock hubiera dirigido *Extraños en un tren*. Ahora bien, un teórico del racimo podría objetar que esto no es motivo suficiente para rechazar la teoría descriptivista porque aunque Hitchcock no hubiera sido el director de *Extraños en un tren*, sí satisface una mayoría de descripciones asociadas a él. No obstante, Hitchcock podría no satisfacer ninguna de las propiedades contenidas de forma descriptiva en el racimo. Podría decirse que para Kripke la teoría del racimo no consigue más que retrasar la agonía al tener que someter al test modal cada descripción *colgada* al nombre propio. Pero al final se comprueba que ninguna está necesariamente asociada a él.

Se aprecia un comportamiento flexible o blando de las descripciones definidas en contextos modales. El director de *Extraños en un tren* podría haber sido otra persona. En terminología kripkeana, una descripción definida es un «designador no rígido» o «flexible» porque puede

designar a distintos objetos dependiendo del mundo posible. En cambio, un nombre propio es un «designador rígido»: su referencia es constante respecto cualquier mundo posible. El nombre «Alfred Hitchcock» designa rígidamente a Alfred Hitchcock en cualquier mundo posible. Hitchcock podría no haber hecho ninguna de las cosas por las que es conocido y, sin embargo, seguiría siendo *él*. Por supuesto, no se requiere que los objetos tengan que existir en todo mundo posible: si no hay referente, no hay rigidez que medir (cf. Kripke 1980: 48). Conviene destacar otro factor: “When I say that a designator is rigid, and designates the same thing in all possible worlds, I mean that, as used in *our* language, it stands for that thing, when *we* talk about counterfactual situations” (Kripke 1980: 77). Cuando describimos un mundo posible lo hacemos a partir de nuestros nombres, nuestro lenguaje natural y nuestras referencias. Un designador debe usarse en cualquier mundo posible del modo como se usa en el mundo real.

La referencia es lo único que cuenta para la cuestión del significado de los nombres. No hay intermediarios semánticos (como el sentido o la intensión) entre el signo y su referencia. El error de la concepción Frege-Russell es considerar que los nombres propios dan algún tipo de información, además de indicar un objeto, y que además son equivalentes a la descripción que contiene esa información o, dicho de otro modo, que la descripción informativa es parte de significado del nombre.

Kripke presenta otra tipología de argumentos para incrementar su crítica a la teoría descriptivista —Putnam plantea problemas similares como veremos—. El enfoque de Frege y Russell es de raíz individualista: cada hablante posee su acervo de significados individualmente. Esto se convierte en blanco para Kripke. Los hablantes particulares no siempre disponen de una descripción definida que identifique únicamente al portador del nombre propio. Por ejemplo, de Cicerón mucha gente no sabe más que fue un orador romano famoso. Pero esto no es una propiedad exclusiva de Cicerón; ciertamente, hubo más oradores romanos famosos. Esto atenta contra la tesis descriptivista de que un hablante usa los nombres propios aplicados a un único individuo.

En este punto conviene apuntar brevemente que la referencia queda fijada no mediante procedimientos privados, como sucede en la concepción Frege-Russell, sino por medio de un procedimiento social. La idea básica aquí es que el establecimiento de la referencia es tarea de la comunidad lingüística, no de cada hablante particular. La referencia se fija por medio de lo que Kripke llama un «bautismo inicial» en que se nombra o bien por ostensión o bien con una descripción, a partir de lo cual el nombre se difunde a través de una cadena causal (Kripke 1980: 90 y sigs.). Kripke deja muy claro que esta descripción no es sinónima del nombre propio. El significado de un nombre propio se agota en su referencia: “when a proper name is passed from

link to link, the way the reference of the name is fixed is of *little importance* to us” (cursiva mía; Kripke 1980: 139). Es patente que el interés de Kripke reside en aquello a lo que apunta el nombre; esto es, le interesa la referencia. Critica el esquema russelliano del tipo «quienquiera que sea el que hizo tal y tal se llama N», como por ejemplo «quienquiera que demostró el teorema de incompletud se llama Gödel». Supongamos que quienquiera que demostró el teorema de incompletud no fue Gödel sino Schmidt. Entonces se produciría la extravagante consecuencia de que Schmidt (el referente *real*) obtendría el nombre «Gödel». En otros casos, un hablante puede equivocarse al asociar una cierta descripción con un nombre propio y aún así se seguirá refiriendo al mismo individuo, porque los nombres son designadores rígidos. Una descripción definida puede fallar al apuntar a la referencia —designador flexible—, pero un nombre no. Si alguien se refiere a Einstein como «el que formuló la ley de gravitación universal», aunque esté equivocado, si usa el nombre «Einstein» se referirá a Einstein indefectiblemente.

Aparentemente, lo mencionado favorece a Kripke: a pesar de que alberguemos creencias equivocadas acerca de un nombre o, incluso, si no sabemos casi nada de él<sup>8</sup>, apuntamos certeramente a la referencia. La referencia de un nombre no sufre las inclemencias que sí se dan en una teoría descriptivista. Se ha visto mediante los argumentos basados en el error o la ignorancia que, en una teoría de la referencia directa, la referencia permanece intacta. Esto supone una acometida a la espina dorsal del descriptivismo, que propugna que asociamos una descripción identificadora al nombre. Sin embargo, esta postura resulta ser de doble filo. Veamos el siguiente caso: un individuo que ha vuelto de hacer turismo por Galicia exclama en su bar habitual: “¡Qué inmenso es el océano Pacífico desde Fisterra!”. Dejando a un lado la cuestión de qué clase de turista puede ser el protagonista de esta anécdota, la equivocación es flagrante. Se trata del océano Atlántico. No obstante, según la teoría de la referencia directa se produce una situación chocante: el hablante no se ha *equivocado* en cuanto al nombre «océano Pacífico». Al decir «océano Pacífico» se estaba refiriendo, en efecto, al océano Pacífico, independientemente de que la propiedad «ser inmenso desde Fisterra» se corresponda o no con el nombre. La clave es esta: el nombre «océano Pacífico» no podría no designar el océano Pacífico. Es irrelevante que el hablante no asocie la descripción definida al nombre «océano Atlántico», como consideraríamos *contingentemente correcto* —y que, de hecho, *identificaría* a «océano Atlántico» porque no hay otro océano divisible desde allí, contingentemente—. La información que un hablante asocia con el nombre no configura en modo alguno la referencia.

---

<sup>8</sup> Cf. el ejemplo sobre Richard Feynman en Kripke (1980: 91).

Otro ejemplo tal vez esclarezca más el asunto: alguien dice «Julio César murió en la guerra de las Galias». Según las hipótesis biográficas, nada más lejos de la realidad: Julio César fue asesinado por Bruto (o por un grupo de disidentes encabezados por Bruto). A pesar del error, el nombre propio está utilizado correctamente porque designa a Julio César. De hecho, ningún nombre puede no utilizarse correctamente ya que como designadores rígidos no fallan nunca al apuntar a la referencia. En algún mundo posible, Julio César podría haber fallecido en la conquista de las Galias; la preferencia anterior no es una verdad necesaria. Pero aunque todo esto sea cierto, los hablantes nos quedamos perplejos ante esta situación. ¿No hay nada que identifique al nombre «Julio César» sin por ello querer decir «identificar necesariamente» —metafísicamente— en términos de Kripke sino identificar «epistémicamente»? Volveré sobre esta cuestión en la parte final. Ahora consideremos los argumentos de Putnam respecto a términos de género natural.

## 2. PUTNAM Y LA DIVISIÓN DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO

Hilary Putnam se suma también a las filas de una teoría de la referencia directa, con argumentos paralelos a los de Kripke. En ‘Meaning and Reference’, Putnam critica dos supuestos básicos de la teoría descriptiva tradicional que considera inconsistentes. Como resultado de su análisis, concluye que la teoría tradicional del significado —descriptivista— es falsa. El concepto de significado presenta la ambigüedad intensión/extensión. «Significado» en un sentido significa «intensión» y en otro sentido significa «extensión». Putnam considera que esto es fuente de confusión. Además, el hecho de vincular la extensión con la noción de verdad contrasta con la vaguedad que rodea a la noción de «intensión», concebida tradicionalmente en términos de estados psicológicos. Frege trató de desembarazarse de la concepción psicologista, pero el individualismo psicológico persistió en su teoría, ya que captar el sentido de un término —su intensión—, consistía precisamente en estar en cierto estado psicológico.

Los dos supuestos aludidos son los siguientes (Putnam 1973: 700):

- (i) Conocer el significado de un término es estar en un cierto estado psicológico.
- (ii) El significado de un término (su intensión) determina su extensión.

Según Putnam, (i) hay que entenderlo como el estado psicológico de un individuo de la forma siguiente: saber que *I* es el significado de *T* (donde *I* es una intensión y *T* un término).

Primero veamos como Putnam ataca la raíz individualista de estos supuestos. En principio, si un hablante conoce la intensión de un término, entonces su estado psicológico determina la extensión de ese término. El término «olmo» posee una extensión distinta de la extensión del término «haya». Esta diferencia debería explicarse por el esquema anterior. Sin embargo, Putnam plantea que él, como tantos otros hablantes, no sabe distinguir un olmo de un haya. ¿Cómo se explica la diferencia en extensión? Desde luego, no mediante las intensiones de «olmo» y «haya» de un hablante que no los sabe diferenciar, porque su estado psicológico para «olmo» es el mismo que el de «haya».

Este ejemplo pone de manifiesto el fenómeno de la *división del trabajo lingüístico* (DTL). Putnam señala que todo aquel hablante para el que un término, por ejemplo «oro», sea importante por alguna razón, adquirirá la palabra en cuestión; pero no tiene por qué adquirir el método de reconocer si algo es o no es oro, es decir, si algo pertenece o no a la extensión de «oro». Puede fiarse de una subclase especial de hablantes que están familiarizados con los rasgos que se consideran condiciones necesarias y suficientes para pertenecer a la extensión. Esto ocurre sobre todo en casos en que se requiera pericia de algún tipo. El cuerpo lingüístico divide el trabajo de conocer y emplear las diversas partes del significado de este tipo de términos:

When a term is subject to the division of linguistic labor, the «average» speaker who acquires it does not acquire anything that fixes its extension. In particular, his individual psychological state *certainly* does not fix its extension; it is only the sociolinguistic state of the collective linguistic body to which the speaker belongs that fixes the extension (Putnam 1973: 706).

### 3. IDENTIDAD Y ESENCIALISMO

En este punto, la propuesta de Putnam se bifurca —según el punto de vista mantenido aquí, de forma radical— y emprende la formulación de su teoría de la verdad necesaria, muy próxima a la teoría de Kripke por sus implicaciones metafísicas. La estrategia ahora consistirá en entrelazar las tesis de ambos autores sobre los términos para géneros naturales mediante el análisis de las identificaciones teóricas típicas de la ciencia, que derivan en una postura esencialista acerca de lo que Kripke denomina «estructura interna» y Putnam «microestructura».

Para tratar adecuadamente la cuestión de los enunciados de identidad conviene apuntar las tesis básicas que Kripke sostiene a partir de las identidades entre nombres propios. Si un

enunciado de identidad entre dos nombres —por tanto, entre designadores rígidos— es verdadero, entonces es necesario. Esta tesis puede generar una (supuesta) objeción que esbozaré mediante el siguiente ejemplo.

(6) El cuerpo celeste llamado «Hesperus» (la estrella vespertina) ocupa la posición  $x$  por la tarde.

(7) El cuerpo celeste llamado «Phosphorus» (la estrella matutina) ocupa la posición  $y$  por la mañana.

De las observaciones científicas llevadas a cabo, se concluye que las posiciones que ocupan por la mañana y por la tarde concuerdan con la órbita de un mismo cuerpo celeste. Lo que nos lleva a afirmar:

(8) «Hesperus» es «Phosphorus».

Hablamos, por tanto, de una verdad que ha sido encontrada *a posteriori*, fruto de un descubrimiento científico. Sin embargo, una hipótesis científica puede errar. Supongamos que las observaciones de los astrónomos no fueran correctas. Una lente mal graduada en el telescopio y errores de cálculos matemáticos habrían conducido a una conclusión precipitada al afirmar que Hesperus es Phosphorus. En realidad, 1) y 2) son erróneas y ocurre que:

(9) Hesperus ocupa la posición  $w$  por la tarde

(10) Phosphorus ocupa la posición  $z$  por la mañana

(11) Las posiciones  $w$  y  $z$  no concuerdan para una misma órbita

(12) Por tanto, Hesperus no es Phosphorus

En principio, se advierte que la necesidad en enunciados de identidad con nombres es problemática. En algún mundo posible podría haber, de hecho, dos planetas: uno llamado «Hesperus» y otro llamado «Phosphorus». ¿Cómo puede ser necesario (3)?

Efectivamente, podría haberse concluido mediante investigación empírica que «Hesperus» denota un cuerpo celeste y que «Phosphorus» denota otro. Pero este sería un mundo posible en que usaríamos el nombre «Hesperus» para designar un cierto cuerpo celeste y el nombre «Phosphorus» para designar otro. No obstante, en nuestro mundo los dos nombres se usan para señalar el mismo referente; por tanto, en el anterior mundo posible simplemente no serían los



mismos nombres que nosotros empleamos en nuestro mundo.<sup>9</sup> Según Kripke, «Hesperus es Phosphorus» es un enunciado de identidad verdadero y, por tanto, necesario. Sin embargo, tenemos conocimiento de ello *a posteriori*. ¿Cómo puede ser necesario?

Hay que advertir la diferencia entre contextos metafísicos y contextos epistémicos. Cuando Kripke mantiene que la identidad entre dos nombres propios, en caso de ser verdadera, es necesaria, lo afirma en un contexto metafísico. Y cuando mantiene que el hecho de que Hesperus sea Phosphorus es algo conocido *a posteriori*, afirma esto en un contexto epistémico. No obstante, la rigidez de los nombres propios como designadores *salva* los inconvenientes de todo aquello relacionado con factores empíricos, ya que se fija la referencia una vez hemos apuntado hacia ella. La conclusión es que la identidad entre «Hesperus» y «Phosphorus» es *a posteriori* —ha requerido investigación empírica— y necesaria —porque no podría haber ningún mundo posible donde no designaran el mismo objeto—. No podríamos haberlo *sabido* de otro modo y no podría haber *sido* de otro modo.

Ahora supongamos que alguien con mucho tiempo libre elabora un dispositivo que reproduce de forma exacta la apariencia de un rayo (y un simulador del trueno, supongo) y lo usa para engañar a la gente. *Eso*, fuese lo que fuese, no sería un rayo. Si hubiese sido un rayo, necesariamente se habría producido una descarga eléctrica. Un rayo es necesariamente una descarga eléctrica. Ahora bien, que un rayo sea una descarga eléctrica es algo descubierto *a posteriori*. Por tanto, el enunciado de identidad «un rayo es una descarga eléctrica» es necesario y *a posteriori*.

De esta manera, Kripke extiende su tesis de la identidad necesaria para los términos de género natural, que también se comportan como designadores rígidos: designan rígidamente *ese género de cosa*. También se sigue el mismo patrón en el caso general: en un flanco de la identidad, el término común que designa el género natural y, en el otro, una identificación técnica o científica del género. Como ocurre con los nombres propios, una vez descubierto algo como que el número atómico del oro es 79, en términos metafísicos se establece que un objeto es «oro» si y sólo si el único elemento químico del que está compuesto es el que recibe el número atómico 79. Es necesario que «oro» sea el elemento con número atómico 79.

Recapitulemos sucintamente la postura descriptivista: los géneros naturales se identifican por una serie de *marcas* que Kripke califica como superficiales o externas (cf. 1980: 118-119).

---

<sup>9</sup> “Recall that we describe the situation in our language, not the language that the people in that situation would have used. Hence we must use the terms «Hesperus» and «Phosphorus» with the same reference as in the actual world. The fact that people in that situation might or might not have used these names for different planets is irrelevant. So is the fact that they might have done so using the very same descriptions as we did to fix their references” (Kripke 1980: 109, nota 51).

Por ejemplo, en lo que respecta a la identificación del oro, consideramos que ciertas marcas deben aparecer: amarillo, reluciente, pesado, etc. Pero Kripke plantea que podríamos estar equivocados; no en vano, esas marcas también aparecen en la pirita y no por casualidad se llama «oro de los necios». ¿Cómo hemos llegado a distinguir la pirita del oro con seguridad? Kripke señala que esto no se ha producido porque hayamos cambiado el significado del término «oro», sino gracias a determinados descubrimientos científicos acerca de ciertas propiedades que posee el oro y no la pirita. Esta descripción no se cuelga al término «oro» formando parte del racimo.

Cambemos de ejemplo. El significado del término «tigre» no puede ser del orden de una definición de diccionario como «mamífero carnívoro férido cuadrúpedo de color [...]», puesto que si un zoológico se encontrara un tigre de tres patas, entonces *eso* no podría ser un tigre. Esta concepción hace del concepto de «significado» una noción tan estrecha que valdría más desecharla. Así surge la propuesta del racimo. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos descriptivistas, la clave yace en la noción de necesidad: no hay ni una sola de las propiedades descritas (por medio de descripciones) según una teoría del racimo que sea necesaria. Algo podría parecer un tigre (mamífero carnívoro férido...) pero tener una «estructura interna» completamente diferente de la de un tigre. Obviamente, se podría objetar a Kripke que su veredicto es muy arbitrario, pues las propiedades que selecciona un descriptivista nunca son consideradas relevantes sino, a lo sumo, superficiales. Pero Kripke se refugia en su ‘guarida’ metafísica:

I think this is true of the concept of tiger *before* the internal structure of tigers has been investigated. Even though we don't *know* the internal structure of tigers, we suppose —and let us suppose that we are right— that tigers form a certain species or natural kind (Kripke 1980: 120-121).

Aquí encontramos una tesis fuerte: todo género natural posee una esencia radicada en su estructura interna. Es una tesis metafísica que se compromete con un tipo de esencialismo vinculado a los logros científicos. Un animal que externamente satisface todas las descripciones asociadas al término «tigre» no es un tigre a menos que posee *esa* estructura interna.

Pasemos ahora a la propuesta de Putnam. Su objetivo es poner de manifiesto, mediante la crítica de los supuestos (i) y (ii),<sup>10</sup> que la intensión de un término poseída por un hablante individual no determina su extensión. Hemos visto que mediante el fenómeno de la división del trabajo lingüístico (DTL) no queda más remedio que abandonar el supuesto (ii). Sin embargo, también se ha advertido anteriormente que Putnam redirige su enfoque de forma radical. Para

---

<sup>10</sup> Ver el apartado 2 de esta sección.

ello, elabora un experimento mental que conduce a unas conclusiones muy parecidas a las de Kripke.

Imaginemos que existe un planeta casi idéntico al nuestro: la Tierra Gemela. Una de las escasas diferencias entre los dos planetas es que en la Tierra Gemela el líquido llamado «agua» no es  $H_2O$ , sino un líquido diferente cuya fórmula abreviada es XYZ. Esta sustancia, XYZ, y  $H_2O$  son indistinguibles a simple vista y comparten *casi* todas las propiedades que atribuimos al agua. Si unos químicos de la Tierra visitan la Tierra Gemela constatarán que allí la palabra «agua» significa XYZ; por otra parte, si químicos de la Tierra Gemela visitan la Tierra verán que la palabra «agua» significa  $H_2O$ . Hasta aquí se podría aducir que hay dos significados para el mismo término «agua». Pero para que el experimento resulte efectivo, retrocedamos en el tiempo hasta 1750, cuando no se sabía nada acerca de la composición química de las sustancias. El líquido que en la Tierra se llama «agua» es indistinguible del líquido que en la Tierra Gemela se llama «agua»: macroscópicamente son el mismo. Los individuos de las dos comunidades lingüísticas comparten los mismos estados psicológicos sobre el agua: el agua es bebible, calma la sed, sirve para regar cultivos, para apagar el fuego, etc. Y, sin embargo, para la gente de la Tierra la extensión de «agua» es el conjunto de todas las moléculas de  $H_2O$ , mientras que para los de la Tierra Gemela la extensión de «agua» es el conjunto de todas las moléculas de XYZ.<sup>11</sup> El ejemplo establecería que la extensión de los términos de género natural no se fija ni siquiera por el acervo conceptual —o de intensiones— de la comunidad lingüística, sino que es determinada por el entorno.

Por este motivo, según el punto de vista mantenido aquí, se produce un giro considerable. El fenómeno de la DTL queda subordinado completamente a este último argumento. Los criterios de que dispone la comunidad no determinan la extensión de los términos para géneros naturales: “the extension of the term «water» was just as much  $H_2O$  on Earth in 1750 as in 1950; and the extension of the term «water» was just as much XYZ on Twin Earth in 1750 as in 1950” (Putnam 1973: 702). Lo que defiende Putnam es que la referencia de «agua» no ha cambiado a lo largo de todo este tiempo. Los términos de género natural apuntan a *ese tipo de cosas* invariablemente. Un habitante típico de la Tierra y un habitante típico de la Tierra Gemela —o incluso expertos de la comunidad— *apuntaban a cosas diferentes* respectivamente tanto en 1750 (sin conocimientos químicos sobre el agua) como en 1950 (con conocimientos químicos sobre el agua). Y no se darían cuenta de ello hasta el desarrollo de la química moderna.

---

<sup>11</sup> Este ejemplo también se encuentra en Kripke, aunque no de forma tan elaborada como en Putnam: “If there were a substance, even actually, which had a completely different atomic structure from that of water, but resembled water in these respects, would we say that some water wasn’t  $H_2O$ ? I think not” (Kripke 1980: 128).

«Agua» y «H<sub>2</sub>O» se vinculan por medio de una identificación teórica. Como sostiene Kripke, un objeto o, en este caso, un líquido es «agua» si y sólo si está compuesto por H<sub>2</sub>O. La extensión de un término de género natural se fija mediante ostensión o identificando una muestra y apelando a una relación *mismo-género de cosa*. Así, la extensión de «agua» incluye todas y solo aquellas cosas que guardan, en palabras de Putnam, la relación *mismo<sub>L</sub>* —mismo-líquido— con esa muestra, especificada indéxicamente. A diferencia de Kripke, Putnam enfatiza el elemento indéxico: “Our theory can be summarized as saying that words like «water» have an unnoticed indexical component: «water» is stuff that bears a certain similarity relation to the water *around here*” (1973: 710). Sí coincide con Kripke en la aplicación de la noción «designador rígido» sobre términos de género natural y añade que la relación *mismo-género de cosa* es constante respecto de otro mundo posible: un líquido será «agua» (en un mundo posible) si y sólo si mantiene la relación *mismo<sub>L</sub>* con el líquido/substancia, *esto* que nosotros llamamos «agua» en nuestro mundo. Un designador rígido está anclado a nuestro mundo. Para Putnam está claro que una diferencia en extensión es *ipso facto* una diferencia de significado en las palabras de género natural. La extensión de nuestros términos depende de la naturaleza efectiva de las cosas particulares. El esencialismo científico de Kripke también está presente en Putnam:

If I agree that a liquid with the superficial properties of «water» but a different microstructure *isn't really water*, then my ways of recognizing water cannot be regarded as an analytical specification of what *it is to be* water (Putnam 1973: 708).

La noción de «microestructura» es análoga a la de «estructura interna» en Kripke. Responde a la esencia que necesariamente poseen los géneros naturales. En definitiva, los términos de género natural no son conceptos donde colgar un racimo de descripciones: podrían ser todas falsas. Los términos de género natural agotan su significado en su referencia, funcionando como designadores rígidos.

#### 4. LA IDENTIDAD MENTE-CUERPO EN KRIPKE

[One who claims] that the brain state and the pain are identical must argue that the pain *A* could not have existed without a quite specific type of configuration of molecules. If  $A = B$ , then the identity of *A* with *B* is necessary (Kripke 1980: 148).

En principio, sería coherente con lo hasta ahora defendido por Kripke que un estado o sensación de dolor es necesariamente un estado corporal: la identidad no sería contingente

porque no podría no ser así. Supongamos que la neurofisiología correlaciona el estímulo de las denominadas fibras *C* (un estado corporal) con la sensación de dolor (un estado mental). ¿Guarda una relación de identidad el estímulo de las fibras *C* con la sensación de dolor? Según Kripke, si una identidad es verdadera, entonces es necesaria. Si «el calor es movimiento molecular» es verdadero, entonces es una identidad necesaria. «Calor» y «movimiento molecular» son designadores rígidos. De la misma forma, «sensación de dolor» y «estímulo de las fibras *C*» también son designadores rígidos. Sin embargo, Kripke niega que «la sensación de dolor es el estímulo de las fibras *C*» sea un enunciado de identidad. No cree que la relación entre estados mentales y estados corporales sea del mismo tipo que las identificaciones teóricas típicas de la ciencia, como «un rayo es una descarga eléctrica». Para argumentarlo, se plantea lo siguiente: si bien es necesario que el calor es movimiento molecular, lo que sí es posible es que el movimiento molecular existiera sin por ello producir la sensación de calor. Se podría suponer que la sensación de calor fuese producido por otra cosa.

In the case of the apparent possibility that molecular motion might have existed in the absence of heat, what seemed really possible is that molecular motion should have existed without being *felt as heat*, that is, it might have existed without producing the sensation *S*, the sensation of heat (Kripke 1980: 151).

A partir de esto, ¿se puede trazar una analogía entre este caso y el de una sensación de dolor con el estímulo de las fibras *C*? Supongamos que sí es análogo: podría darse un estímulo de las fibras *C* sin la (correspondiente) sensación de dolor. Esto negaría una relación de identidad y, además, podría extenderse para todo caso de identidad entre un estado mental y un estado cerebral (corporal). No obstante, para Kripke no se da tal analogía. En el caso del calor, la sensación que produce (de calor) podría darse por otro fenómeno físico, de manera que el calor podría existir sin por ello producir la sensación de calor. Ahora bien, si la estimulación de las fibras *C* se diese sin que por ello produjera la sensación de dolor, no habría dolor alguno porque según Kripke, no hay «intermediario» en los casos mente-cuerpo porque el fenómeno físico es un fenómeno interno él mismo; cosa que no ocurre con la sensación de calor.

Es posible que un fenómeno corporal hubiera sido bautizado con una propiedad accidental, como en el caso del calor: este fenómeno físico fue bautizado por su propiedad accidental de producir en los seres humanos la sensación de calor. El fenómeno consistente en el estímulo de las fibras *C* podría haber sido bautizado por su propiedad accidental de producir en los seres humanos la sensación de dolor. Sin embargo, para Kripke, esto último no ocurre porque al acto

bautismal para fijar la referencia de «dolor» es el mismo *dolor* como «cualidad fenomenológica inmediata»<sup>12</sup>. La tesis kripkeana es que el término «dolor» es un designador rígido que designa el dolor, donde la referencia es determinada por la *propiedad esencial*<sup>13</sup> del mismo referente; esto es, producir la sensación de dolor. «Dolor» y «estimulación de las fibras C» son ambos designadores rígidos, pero su relación no es de identidad. La conclusión de Kripke es que existe la posibilidad de que se dé un estado cerebral sin su correspondiente estado mental; por lo tanto, no sería una relación necesaria.

Se podría argüir que el resultado de todo este planteamiento es que la identidad mente-cerebro es una anomalía que mina la tesis de la identidad entre designadores rígidos. Ciertamente, el cuadro ofrecido por Kripke no es precisamente claro. ¿Qué es una «cualidad fenomenológica inmediata»? Y aunque intuyamos lo que quiere decir, ¿por qué la sensación de dolor habría de poseer una cualidad fenomenológica inmediata y la sensación de calor no? ¿Qué es un «intermediario» entre un fenómeno físico y uno interno?

Me parece que la distinción entre la sensación de calor y la sensación de dolor carece de base suficiente. Kripke apela a la *oscura* noción (sin definir) de «cualidad fenomenológica inmediata». Pero demos el argumento por bueno. ¿Por qué la sensación de calor no puede ser una cualidad fenomenológica inmediata? Para Kripke, el hecho de que el calor produzca en nosotros la sensación de calor es una propiedad accidental y, por tanto, no es esencial al calor. Esto no cuadra con el resto de su teoría.

Lo coherente con las tesis de Kripke es mantener que, de la misma forma que «producir sensación de dolor» es una propiedad esencial del dolor, «producir sensación de calor» es una propiedad esencial del calor. Los seres humanos no podríamos haber percibido la sensación de calor por otra cosa que no fuera el movimiento molecular. Esto vale para cualquier mundo contrafáctico. Lo contrario supondría concebir una naturaleza distinta o, en términos kripkeanos, una *estructura interna distinta* de la que de hecho poseen los seres humanos. Necesariamente percibimos la sensación de calor como movimiento molecular. Un aumento de la velocidad de las moléculas del aire conlleva necesariamente una sensación de calor más aguda. Nuestra estructura interna está configurada de tal manera que percibimos el calor así. Lo que ocurre es que no hay identidad entre «movimiento molecular» —el calor— y «sensación de calor»; más bien lo primero causa lo segundo.

---

<sup>12</sup> “Pain, on the other hand, is not picked out by one of its accidental properties; rather it is picked out by the property of being pain itself, by its immediate phenomenological quality” (Kripke 1980: 152).

<sup>13</sup> Cf. Kripke 1980: 155.

El argumento de Kripke plantea que, en un cierto mundo posible, sus habitantes perciben la sensación de calor por otra cosa que no es el movimiento molecular. Pero la sensación es la *misma*, por lo que estos seres y nosotros (en el mundo real) estaríamos en la misma situación epistémica. Incluso en ese mundo posible podrían llamar también «calor» al fenómeno físico que les produce la sensación de calor; ¡aunque no sería *calor real!* —movimiento molecular—. Ciertamente es un caso parecido al que plantea Putnam con su experimento de la Tierra Gemela. De acuerdo con las tesis metafísicas tanto de Kripke como de Putnam, en el mundo real el calor es el movimiento de las moléculas y en el mundo posible mencionado sería otra cosa (confieso que soy incapaz de imaginar una alternativa razonable, ¡precisamente porque el calor tendría que ser necesariamente movimiento molecular!). De la misma forma, en la Tierra Gemela eso que llaman «agua» no es agua *de verdad*, sino una sustancia distinta: XYZ. No obstante, la conclusión de esta analogía no es señalar que los seres que perciben la sensación de calor por otra cosa están en la misma situación epistémica que nosotros en el mundo real cuando sentimos calor, aunque podría ser el caso. La conclusión es que los seres que percibieran el calor por otra cosa *no serían humanos* porque tendrían una *estructura interna distinta*. Sentir calor a causa del calor (real) es una propiedad esencial de la estructura interna de los seres humanos. Los habitantes del mundo posible sin calor (real) podrían ser muy parecidos externamente a los humanos, pero no serían humanos.

A partir de estas consideraciones, se puede sostener que de la misma forma que Kripke asume que los tigres poseen una estructura interna determinada y que un animal, aunque en apariencia fuera indistinguible de un tigre, si no posee esa estructura interna no es un tigre, los seres humanos también entrañan una estructura interna específica. Es lo que los distingue como especie. Por otra parte, «agua» en la Tierra Gemela no es agua porque debe albergar una «microestructura» determinada (no es H<sub>2</sub>O). Aunque Kripke no sostiene la identidad mente-cuerpo, lo coherente con sus planteamientos es que «un determinado estado mental es un determinado estado cerebral», por ejemplo, «la sensación de dolor es el estímulo de las fibras C». Es necesario que sea así, de acuerdo con la estructura interna de los humanos, de la cual forma parte el cerebro y todo su entramado biológico de redes neuronales. Para los propósitos de este trabajo, centraremos la cuestión en el término «cognición», que se asocia con tareas como aprender, recordar, calcular, etc., y que, en consistencia con la concepción Kripke-Putnam, se identifica con un soporte biológico de la estructura interna humana: el cerebro. Esta tesis, que enlaza con la siguiente sección, será considerada como la concepción «esencialista» de la cognición.

## IV. MENTE EXTENDIDA

### 1. EL DEBATE: INTERNISMO E INTRINSICIDAD VS. EXTERNISMO TECNOLÓGICO

Un individuo camina hacia un vehículo. Sin esbozar el menor gesto, la puerta del conductor se abre ante él. Se acomoda, se pone el cinturón y entretanto el coche arranca. Ninguna llave ha accionado el contacto. Con las manos en los respaldos, el coche se pone en marcha; baja por una calle, luego gira en un cruce, ... unas maniobras en las que las manos del individuo no han intervenido en ninguna de ellas (es más, a simple vista, no se ha producido ninguna interacción de su cuerpo con el automóvil). Desenmascaremos esta escena: se trata de una situación hipotética de ciencia ficción en la que en un futuro se podrá disponer de un implante en el cerebro para conducir automóviles.

Dejemos en suspenso por un momento lo fantástico o imaginario del caso anterior. El conductor del vehículo es una especie de *cyborg* que gracias a esa tecnología implantada ha *mejorado* su mente; ha extendido su mente más allá de las disposiciones biológicas de su cerebro. No es descabellado inclinarse a concebir la mente, no ya como una entidad independiente del mundo, una *res cogitans* cartesiana, sino “por medio de una visualización extendida o híbrida del humano-máquina” (Bengoetxea 2009: 286). De la misma forma que en una persona coja, una pierna protésica le permite realizar funciones locomotrices que sin ese componente tecnológico no serían posibles, hay elementos del entorno —pensemos en algunas tecnologías— que permiten a los seres humanos llevar a cabo funciones cognitivas<sup>14</sup> sin los cuales no serían posibles. Los seres humanos poseen una tendencia general que consiste en apoyarse en gran medida en soportes del ambiente. En nuestro día a día, nuestro cerebro realiza multitud de tareas, pero muchas otras las delegamos en manipulaciones de agentes externos.

La teoría de la mente extendida (ME, en adelante), propuesta por primera vez por Clark y Chalmers (C&C, en adelante) (1998),<sup>15</sup> mantiene que los procesos cognitivos no se localizan únicamente en el cerebro. La funcionalidad es lo que identifica los procesos cognitivos. Si un

---

<sup>14</sup> En cuanto al uso de los términos «mente» y «cognición»: «cognición» se asocia con procesos tales como aprender, resolver problemas, procesar información, recordar; mientras que «mente» se vincula con estados de consciencia como experiencias, sentimientos, etc., y, por otra parte, también con estados intencionales como creencias y deseos. Menary, del que veremos su propuesta, dice: “solving problems, making inferences, planning, working out answers to questions, and so on (these are cognitive tasks)” (Menary 2010b: 238).

<sup>15</sup> Se puede ver en la noción de Dawkins de «fenotipo extendido» un precedente de la «mente extendida», donde se mantiene que un nido, por ejemplo, forma parte del fenotipo del pájaro que lo construye. Pero está claro que el concepto de fenotipo no tiene las implicaciones que sí tiene el concepto de mente. Dawkins, R. (1982): *The Extended Phenotype*, Oxford University Press: Nueva York.



elemento contribuye a producir una función que identificamos como «cognitiva», entonces no importa si es extracraneal.

If, as we confront some task, a part of the world functions as a process which, *were it done in the head*, we would have no hesitation in recognizing as part of the cognitive process, then that part of the world *is* (so we claim) part of the cognitive process. Cognitive processes ain't (all) in the head!  
(Clark & Chalmers [1998] 2010: 29)

Este fragmento contiene lo que se ha denominado el Principio de Paridad (PP, en adelante) y garantiza el estatus cognitivo de los componentes externos que son constitutivos del proceso cognitivo. Vinculado con el PP, C&C articulan un criterio para definir un «sistema acoplado» formado por componentes internos y externos ([1998] 2010: 29): (i) todos los componentes del sistema desempeñan un papel causal activo; (ii) estos componentes gobiernan la conducta como habitualmente lo hace la cognición; (iii) sin el componente externo, el sistema no funciona; y (iv) este proceso acoplado cuenta igual que un proceso cognitivo (*normal*). Consideremos estas ideas mediante un ejemplo de C&C. Otto sufre Alzheimer. Dado que tiene dificultades para recordar, deposita información de su memoria en un cuaderno que acarrea siempre. Un día advierte una exposición en un museo que le interesa y apunta en su cuaderno dirección, fecha y hora para la visita. De esta manera, cuando Otto consulte las notas, encontrará la información pertinente que su memoria biológica no puede proveer. Llega el día de la visita. Otra persona, Inga, recuerda por medio de su memoria biológica (interna) que tiene que ir al museo. Por su parte, el cuaderno como componente externo, extracraneal, hace las veces de memoria biológica; posibilita a Otto recordar la visita. Por último, debe señalarse que para que se trate de un caso de extensión cognitiva, Otto debe llevar a cabo esta actividad de forma automática. No es que Otto infiera la información que busca a partir de las notas, sino que se trata de un proceso interiorizado gracias al entrenamiento (Clark & Chalmers [1998] 2010: 38; Bengoetxea 2009).

No obstante, el PP contiene un elemento confuso que ha sido el blanco frecuente de las críticas (y que se aprecia en el ejemplo de Otto). El énfasis en la «paridad» induce a pensar que la teoría de la ME concibe ciertos procesos externos como cognitivos debido a su igualdad o similitud —paridad— con procesos internos. Fred Adams y Ken Aizawa (A&A, en adelante) han expresado esta preocupación: “They [C&C] contend that the active causal processes that extend into the environment *are just like the ones found in intracranial cognition*” (Adams & Aizawa 2001: 56). Interpretan que la teoría de la ME propugna que los procesos externos tienen

que ser *como* los internos para que puedan ser calificados como cognitivos. Critican la supuesta extensión cognitiva sobre la base de que los procesos internos son radicalmente distintos de los externos. Una memoria biológica y una memoria de un ordenador están tan alejadas entre sí que no pueden ser comprendidas bajo el mismo tipo de cognición. Esta apreciación elimina cualquier tentación de sostener la hipótesis de la cognición extendida. Sin embargo, no es ésta la interpretación correcta del PP. Donde incide es en que la funcionalidad cognitiva debe contar *igual* —esto es, en igualdad de condiciones— sin importar donde se localice. A&A hacen una lectura equivocada: “Clark and Chalmers contend that, while Inga and Otto differ in all manner of superficial respects, in relevant and important respects, Inga’s memory and Otto’s notebook *are the same*” (cursiva mía; 2001: 44). *No son iguales*, pero sí cuentan igual. A pesar de esto, C&C no esclarecen lo suficiente esta última apreciación y, por lo tanto, no se puede decir que las críticas hayan atacado a un hombre de paja. En cualquier caso, el PP no trata de equiparar lo externo con lo interno; no dice que los procesos cognitivos externos sean *como* los internos.

A&A mantienen que los componentes externos que C&C califican de «cognitivos» no pasan de ser simples herramientas y no son más que una ayuda o respaldo para la actividad cognitiva del cerebro. El error de los teóricos de la ME es precisamente concebir los procesos cognitivos como extracraneales cuando ciertas herramientas son usadas. Lo que debería verse como casos de uso de herramientas de pronto se convierte en extensiones cognitivas. Este es un de los motivos por los que A&A se oponen a la viabilidad de la tesis de la ME. Consideran que es demasiado arriesgado aventurar hipótesis de este tipo y se centran en establecer una frontera entre lo cognitivo y lo no cognitivo. Su estrategia se basa en sostener que la cognición se identifica mediante cierta propiedad o *marca* única; así, los procesos cognitivos se caracterizan por tener lo que denominan «contenido intrínseco» y solo lo encontramos en los procesos neuronales del cerebro. El andamiaje tecnológico de un sistema acoplado no posee contenido intrínseco, sino derivado. El entorno lingüístico, que para C&C es claramente un ejemplo donde la cognición se extiende hacia el mundo<sup>16</sup> sería para A&A un caso de contenido derivado. El significado de una preferencia por parte de cualquier hablante —esa serie de sonidos articulados y audibles— deriva de las representaciones mentales que alberga el hablante. Si Otto, mirando el cuaderno, dice a un amigo suyo “he encontrado la dirección del museo” es porque *cre*e que ha encontrado la dirección del museo. El cuaderno de Otto —así como otras tecnologías *más*

---

<sup>16</sup> “Language appears to be a central means by which cognitive processes are extended into the world. Think of a group of people brainstorming around a table, or a philosopher who thinks best by writing, developing her ideas as she goes. It may be that language evolved, in part, to enable such extensions of our cognitive resources within actively coupled systems” (Clark & Chalmers [1998] 2010: 32).

*avanzadas*—, por tanto, queda fuera porque sería un caso de contenido derivado, no intrínseco, ya que depende de ciertos estados mentales que sí tienen contenido intrínseco. En último término siempre encontraremos procesos neuronales detrás de cualquier proceso cognitivo. Así, la frontera de la cognición queda marcada en el cráneo. Sin embargo, debe objetarse que la indefinición rodea la marca de lo cognitivo y, además, esto no suscita ninguna precaución en A&A para concluir que:

While it is unclear just exactly what constitutes the mark of the cognitive, we can see enough of this mark to see that cognitive processes are likely to be a brain-bound processes. Whatever is responsible for non-derived representations seems to find a place only in brains (Adams & Aizawa 2001: 63).

Más recientemente, A&A han frenado el salto de recurso externo —mera herramienta— a recurso cognitivo con el siguiente argumento:

When Clark makes an object cognitive when it is connected to a cognitive agent, he is committing an instance of a *coupling-constitution fallacy*. This is the most common mistake that extended mind theorists make (Adams & Aizawa 2010: 67-68).

A&A argumentan que cuando se conecta un objeto con un agente cognitivo y este objeto se convierte en un objeto cognitivo dentro de un sistema acoplado se comete la *falacia del acoplamiento constitutivo*. La falacia se basa en la distinción entre relaciones causales y relaciones constitutivas: el hecho de que un objeto o proceso *X* se acople a otro objeto o proceso *Y* no implica que *X* sea parte de *Y*. Así, un objeto o proceso no cognitivo no se convierte en un objeto o proceso cognitivo por la mera conexión con un objeto o proceso cognitivo. El ataque a la teoría de la ME por parte de A&A responde a su defensa de la frontera de la cognición: la cognición termina en la piel del individuo.

Las críticas a la versión primeriza de la ME han propiciado una segunda ola de teóricos que han planteado revisiones y nuevas propuestas. En particular, Richard Menary (2010a; 2010b) se ocupa de las críticas antes de plantear un nuevo enfoque. En el caso de la falacia del acoplamiento constitutivo, Menary rechaza el esquema sobre el que operan A&A, ya que no se trata de que un objeto cobre el estatus cognitivo —el cuaderno— por entrar en contacto con un agente cognitivo preexistente —Otto—; más bien, deberíamos hablar de que dos objetos o procesos *X* e *Y*, donde *X* es la manipulación recíproca del cuaderno e *Y* procesos internos del organismo (entre los cuales, por supuesto, intervienen procesos neuronales), se integran de tal

manera que juntos constituyen el proceso de recordar (Menary 2010a: 12). De hecho, ni C&C ni Menary consideran relevante la cuestión de si el cuaderno de Otto, por ejemplo, es «cognitivo» o no. El cuaderno en sí *no hace nada*. Esto está estrechamente vinculado con la marca de lo cognitivo que plantean A&A: preguntar si el cuaderno es «cognitivo» o no es una pregunta en el nivel equivocado, lo que hay preguntarse es si cuando Otto y su cuaderno se coordinan como en el caso expuesto constituyen un sistema cognitivo. Es el sistema donde hay que fijarse y no en las partes aisladas. La condición de que un proceso para ser cognitivo tiene que tener contenido intrínseco no implica que las partes participantes en ese proceso tengan también que tener contenido intrínseco. Y si lo que preguntan A&A es si los componentes de un sistema cognitivo tienen que compartir las mismas propiedades intrínsecas, la respuesta podría ser no y no restaría *cognitividad* al sistema integrado.

Las críticas de A&A están marcadas por la concepción de la primera oleada de la teoría de la ME fuertemente apoyada en el PP, que lleva a pensar en una similitud funcional entre procesos internos y procesos: esto es, los procesos externos son *como* los internos —iguales, *pares*—. Esto, tomado literalmente, es, por supuesto, simplemente falso y A&A se apresuran a señalar que en el caso de Otto e Inga, es evidente que el proceso total no es exactamente el mismo en Otto y en Inga: Otto tiene que abrir el cuaderno, girar las páginas, desplegar su capacidad visual para buscar las notas que le interesan; Inga no usa ningún cuaderno, etc. Sin embargo, estas diferencias superficiales son obvias. La noción de «proceso cognitivo» que manejan A&A es tan estrecha que, efectivamente, no son lo mismo en absoluto.<sup>17</sup> Esto está motivado por la estrategia de C&C. Primero, identifican una función cognitiva realizada enteramente por procesos neurales —Inga recuerda gracias a su memoria biológica—; y segundo, comparan lo anterior con un caso en que se realice el *mismo* tipo de función pero reemplazando neuronas por un vehículo externo —el cuaderno de Otto *hace las veces* de memoria biológica—. Con razón, este esquema ha suscitado controversia porque parece que lo único que pueden hacer los vehículos externos es lo que *ya* hacen los vehículos internos. No obstante, la gran baza de la teoría de la cognición extendida de segunda ola es que gracias a la integración de vehículos internos con vehículos externos son posibles procesos cognitivos que de otra manera no podrían darse. Los vehículos internos y externos no tienen por qué contribuir con funciones equivalentes: “it is because the external vehicles provide a different kind of functionality and

---

<sup>17</sup> En un momento, discutiendo un ejemplo sobre el Tetris de C&C, A&A se muestran estrictos: “Pushing the button closes some sort of electrical circuit that, at some extremely short time delay, changes the way electrons are fired at the phosphorescent screen of a cathode ray tube. This sort of causal process is surely not the same as any cognitive process, or any fragment of a causal process, in the brain” (Adams & Aizawa 2001: 54).

because they can coordinate with internal processes that they are integral parts of our cognitive systems” (Menary 2010b: 235). Menary no tiene ningún problema en afirmar que los procesos externos pueden ser radicalmente distintos de los internos. Lo importante es que componentes internos y externos se complementan en procesos cognitivos en un nivel superior. En definitiva, la segunda oleada se distingue de la primera básicamente porque no depende del PP. En el caso de Menary se substituye por la tesis de la manipulación (2010b: 233), que esbozaré brevemente.

Los seres humanos manipulan su entorno mediante sus cuerpos (organismos). Pueden directamente manipular la estructura física del entorno o pueden utilizar herramientas para ello. También crean artefactos y vehículos representacionales externos, que son manipulados para completar tareas. Uno de los elementos principales de esta tesis es la «corporeización» [*embodiment*]: nuestra cognición está moldeada por nuestro cuerpo, nuestro desenvolvimiento corporal en el entorno conforma la propia cognición. Se aprecia que la imagen de la versión primeriza de la ME de una extensión desde dentro hacia afuera, deja paso a una imagen que integra recursos internos del organismo (principalmente procesos neuronales), manipulaciones por parte del organismo en el entorno y vehículos externos.

## V. EL SIGNIFICADO DE LA COGNICIÓN TECNIFICADA

La crítica de Kripke y Putnam a la tesis de que el sentido o intensión no determina la referencia o extensión tiene consecuencias que, según el punto de vista defendido aquí, son contraproducentes para una teoría del significado. Los estados psicológicos de los hablantes no tienen ningún papel sobre la determinación de la referencia. La teoría de la referencia directa sitúa al mismo nivel tanto a un completo ignorante como el turista del ejemplo de Fistera como al mayor experto oceanógrafo del Atlántico<sup>18</sup>. Supone un menosprecio al componente cognoscitivo del lenguaje. Seguramente, los teóricos de la referencia directa no pondrían al mismo nivel a estos dos individuos. Pero ni Kripke ni Putnam proporcionan un criterio para saber cuándo alguien utiliza correctamente una expresión lingüística, como un nombre propio o una descripción. De hecho, rechazan este tipo de criterios de raigambre descriptivista. El precio que pagan por lograr una teoría metafísica consistente es desterrar la cuestión de cómo sabemos si alguien conoce una expresión del lenguaje, precisamente donde las teorías descriptivistas (o del sentido) habían expresado su preocupación. Los esfuerzos por asociar una descripción a los nombres propios y otros términos lingüísticos responden a ello.

En esta sección, sostendré, en la línea del análisis de Michael Dummett,<sup>19</sup> que se puede dar cuenta del componente cognoscitivo<sup>20</sup> de expresiones como términos singulares (cuya importancia ya ha sido subrayada con el ejemplo anterior) mediante la noción de sentido, que es principalmente una noción epistémica; esto es, capaz de mostrar lo que sabe alguien cuando conoce cierta expresión del lenguaje. No sólo es importante para términos singulares, sino también para términos generales como los términos de géneros naturales como «cognición» y, en este punto, la postura de Kripke y Putnam se sitúa a la par con la de Adams y Aizawa, quienes consideran primordial que la cognición posea ciertos atributos distintivos. La marca de lo cognitivo tiene que estar necesariamente vinculada a la cognición de la misma forma que *esa* determinada estructura interna en los tigres según Kripke y la microestructura del agua en Putnam. La tesis esencialista defendida por Kripke y Putnam es compartida por Adams y Aizawa.

En primer lugar, abordemos la cuestión del componente cognoscitivo. El objetivo de Dummett es mostrar que captar el sentido de una expresión simple no se reduce a conocer su referencia. Primero, plantea que adscribir a alguien el conocimiento de la referencia de un

---

<sup>18</sup> Ver el apartado 1 de la sección III.

<sup>19</sup> Básicamente, su propuesta en el capítulo 23: "The social character of meaning" (Dummett 1978).

<sup>20</sup> Dummett lo llama «cognitivo» (cf. Dummett 1978: capítulo 23), pero aquí se ha preferido «cognoscitivo» por evitar confusiones con el uso que se ha hecho del término «cognición».

término consiste en lo siguiente: para un hablante  $H$ ,  $H$  sabe que  $T$  refiere a  $O$ , donde  $T$  es un término singular, en este caso pongamos el nombre propio «Mileto», y  $O$  el objeto referido.

Se podría decir que «Mileto» refiere a Mileto —como de hecho afirma Kripke—; sin embargo, esto, según Dummett, es casi una perogrullada, ya que cualquiera que sepa que «Mileto» es un nombre propio y que como tal refiere a *algo* —sea lo que sea—, por consiguiente, sabrá que «Mileto» refiere a Mileto, aún sin ni siquiera saber que «Mileto» es un nombre de una ciudad. Este enfoque provoca una confusión entre conocer la referencia de un término y saber que un término tiene referencia (Dummett 1978: 127). Esta distinción es clave. Se puede poner en paralelo a conocer la verdad de una oración y conocer la proposición expresada por esa oración. Se sigue de que alguien conozca la verdad de una oración que también conozca la proposición que expresa; pero no se sigue de alguien que conoce la proposición que expresa una oración que también conozca si es verdadera. Por ejemplo, alguien puede conocer el contenido proposicional de la oración «La huelga del personal de correos en Milán continúa» sin saber si es verdadera o falsa. El mismo esquema vale para los nombres: alguien que sabe que «Mileto», como nombre propio, tiene referencia, no tiene por qué saber a qué refiere. No hay algo como un conocimiento *desnudo* de la referencia. La conclusión del argumento de Dummett es que hay *algo* asociado al nombre que debe captar alguien de quien se pueda decir que conoce la proposición expresada por una oración en la que aparece el nombre: el sentido. Queda claro, por tanto, el carácter epistémico del sentido. Este argumento socava la concepción que mantiene que un nombre posee una asociación directa con el objeto y que, consiguientemente, agota su significado en la referencia.

Una vez aceptado todo esto, resta una cuestión: ¿en qué consiste captar el sentido un nombre? En la habilidad para reconocer el referente cuando se presente. Este reconocimiento puede darse de varias formas. Hay que señalar que Kripke habla de «teoría descriptivista» sin mucha precisión, identificando la concepción de que los nombres tienen sentido dada cierta descripción definida. Pero una teoría del sentido no es, sin más, una teoría descriptivista. Desde luego, para una teoría del sentido y, concretamente, en Frege, un nombre puede poseer un sentido proporcionado por una descripción, pero esto no agota todas las formas en que un nombre tiene sentido.<sup>21</sup> El sentido consiste en la capacidad de reconocer el objeto y hay distintos tipos de modos en que se presenta. Dummett plantea el siguiente ejemplo: para el nombre «Valencia», alguien puede reconocerla señalándola en un mapa, desde el aire en una avioneta, cuando está

---

<sup>21</sup> «Descriptivismo» es una denominación de brocha gorda. Dummett más bien defiende una teoría del sentido. Aquí se ha optado por hablar de «teoría del sentido» en relación a Frege y Dummett y de «teoría descriptivista» en un contexto más general.

*in situ*, entre otras formas; incluso alguien podría no saber como explicitarlo. De hecho, no hay un modo uniforme en que se presenta el objeto y la capacidad para reconocerlo dependerá de las condiciones en que tenga lugar (Dummett 1978: 130).

No obstante, el panorama de modos en que se puede presentar un objeto es tan variopinto que la noción de sentido acaba por vincularse a cada modo particular en que alguien reconoce el objeto. Esto desemboca en que el sentido no está constreñido por ningún mecanismo, que mina la aspiración fregeana de que sea compatible y objetivo. Kripke y Putnam atacan acertadamente este punto, ya que esta concepción del sentido —o en Putnam «intensión»— no pasa de ser un estado psicológico particular de un individuo que no puede determinar la referencia. Si bien es cierto que Kripke y Putnam hacen una contribución innegable, Dummett sí reconoce el componente social del sentido. No es *necesario* que una teoría descriptiva (o del sentido) esté basada en el supuesto individualista, como parece desprenderse del diagnóstico de Kripke y Putnam.

Una teoría del sentido como la de Dummett puede integrar el fenómeno de la división del trabajo lingüístico (DTL) y, de hecho, argumento que encaja mejor que en una teoría putnamiana. Recordemos el supuesto (i) que ataca Putnam: conocer el significado de un término es estar en un cierto estado psicológico. No obstante, la crítica de Putnam de la DTL —hay expertos respecto de los cuales el resto de hablantes subordina su acervo de intenciones— solo tiene efecto sobre una teoría descriptivista apoyada en el supuesto del individualismo, como en Frege. Dummett remarca que Frege, obligado a atenerse a la consecuencia de concebir el lenguaje como una superposición de idiolectos, no puede explicar el fenómeno generalizado de que los hablantes usan las expresiones de acuerdo con lo que socialmente se acepta. Además, “one cannot so much as explain what an idiolect is without invoking the notion of a language considered as a social phenomenon” (Dummett 1978: 425). En una posición como la de Frege, no se puede dar cuenta de cómo es que una gran mayoría de hablantes subordina sus usos lingüísticos en una materia concreta respecto una minoría de hablantes expertos; esto es, dar cuenta de la DTL.

Dummett plantea una salida fregeana en torno a la DTL. En el caso del oro, se podría argüir que los hablantes no especializados se adhieren a un uso común del término «oro» —y, por ello, sólo captan *parcialmente* el sentido de «oro»— y los químicos cuentan con un uso especializado —captan el sentido *completo* de «oro»—. No obstante, según Dummett, mantener esto conduce a prescindir de una consideración muy útil: la distinción entre una palabra común y un término técnico. Hay palabras como «cuaderno» que son únicamente ordinarias, mientras que otras, como «aminoácido», son tecnicismos. No obstante, «oro» es tanto una palabra común



como un tecnicismo; cada uso posee su propio criterio, aunque la jerarquía del término técnico siempre es superior que la de la palabra común.

Estas observaciones se basan en el reconocimiento por parte de Dummett de la DTL. Según Putnam, quedaría impugnada la tesis (i). Pero Dummett sostiene que la dimensión cognoscitiva del significado se mantiene siempre y cuando se abandone su vinculación con cada hablante, separado en su idiolecto. Se puede reconocer cuándo alguien conoce el significado de un término sobre la base de lo que socialmente se acuerda; no de lo que cada uno considere. Así, el significado de «oro» involucra tanto el conjunto de descripciones de los modos de distinguir esta substancia por los especialistas como las descripciones de los modos propios de los hablantes comunes. Esto forma parte, por así decirlo, del patrimonio de la comunidad lingüística. Una teoría descriptivista que establezca que los significados no son fijados por el hablante individual sino por la comunidad lingüística es inmune respecto la crítica de Putnam.

Una vez contenida la objeción, recordemos que la propuesta de Putnam vira bruscamente para elaborar una teoría metafísica de la verdad necesaria mediante el caso del agua en la Tierra Gemela. El significado común del término «agua» puede fallar a la hora de facilitar un criterio suficiente para distinguir agua de otras substancias, requiriendo en estos casos acudir a los especialistas. Sin embargo, independientemente de que se disponga de métodos para distinguir agua de otras substancias, el agua siempre ha tenido *ese* significado. Como vimos, si nos remontamos a 1750 antes de la química moderna, en la Tierra Gemela la substancia que sus habitantes llaman «agua» pasaba los mismos tests que los terrícolas aplicaban a lo que ellos llamaban «agua». No obstante, sí es distinguible porque posee una composición química diferente del agua, por lo que no es *agua*. El resultado sería el rechazo de (i) y (ii) porque la extensión no estaría determinada ni siquiera por la comunidad lingüística.

En este punto, se abren dos salidas para Putnam: (a) si es consecuente y en último término el significado de «agua» no está determinado por los criterios de la comunidad, entonces la DTL no desempeña ningún papel; y (b) si reconoce la DTL, entonces está abogando por una teoría tradicional, ya que los criterios especializados de los expertos determinan la extensión.

La DTL está más en consonancia con una teoría descriptivista porque el hecho de que «agua» signifique  $H_2O$  sea metafísicamente necesario es independiente de la comunidad lingüística. La DTL es un avance respecto las tesis (i) y (ii) de la teoría del significado tradicional a la que alude Putnam. Pero sus tesis metafísicas implican la falsedad de estos supuestos —incluso *mejorados* con la DTL—. «Agua es  $H_2O$ » en todo mundo posible. Los habitantes de la Tierra Gemela, aunque llaman «agua» a una determinada substancia, no apuntan al agua cuando dicen «agua», sino a otra cosa (XYZ). La separación entre el ámbito metafísico y el ámbito epistémico es

radical. El objetivo de una teoría del sentido es dar cuenta de la dimensión epistémica (o cognoscitiva) del lenguaje mientras que el objetivo de una teoría de la referencia directa es dar cuenta de la dimensión metafísica del lenguaje. La DTL encaja mejor en el descriptivismo simplemente porque cae dentro del ámbito epistémico social.

Trasladémonos ahora al debate en torno a la cognición. A&A sostiene que la cognición posee una marca distintiva, que consiste en lo siguiente: “A first essential condition on the cognitive is that cognitive states must involve intrinsic, non-derived content” (Adams & Aizawa 2001: 48). A&A identifican una propiedad esencial en la cognición, una postura que se equipara con la de Kripke y Putnam para los términos de género natural. En términos de Kripke, la cognición posee una «estructura interna» que A&A señalan como la estructura neuronal del cerebro. «La cognición es la estructura neuronal del cerebro» es un enunciado de identidad *a posteriori* y necesario, como las identificaciones teóricas que hemos visto en la sección en Kripke. Esa estructura interna esencial es previa a toda consideración epistémica y de la cual una teoría del sentido sólo alcanza a indicar marcas superficiales irrelevantes. Hay que resaltar el hecho de que A&A advierten la posibilidad de que podamos, en algún momento, encontrarnos con procesos cognitivos extracraneales y que es sólo una constatación contingente que estos procesos se encuentren dentro de la frontera del cerebro (Adams & Aizawa 2001: 53). Sin embargo, esta posibilidad es epistémica. Podríamos por ejemplo percatarnos de que los neurocientíficos habían pasado por alto un caso de proceso cognitivo extracraneal o que hubieran sido presas de una extraña alucinación. Estas posibilidades son lógicamente consistentes. Pero entonces estaríamos tratando con *otro género de cosa*. Un objeto en Kripke no puede dejar de ser él mismo y un género de cosa no puede dejar de poseer cierta estructura interna. Para cualquier mundo posible, «cognición» debe poseer la marca distintiva, que se identifica con la estructura interna biológica del cerebro. Lo que A&A denominan contenido intrínseco o no derivado constituiría una propiedad esencial fundamental de la cognición. Incluso plantean que en una hipotética y futura edad de oro de la ciencia cognitiva, aún cuando se hubiera descubierto el programa computacional genuino de la mente y se hubiera implementado la programación específica del lenguaje del cerebro en un ordenador electrónico, a menos que los procesos que llevara a cabo involucraran contenido no derivado, ese ordenador no sería *cognitivo* (Adams & Aizawa 2001: 60).

## V. CODA FINAL

A raíz de estas consideraciones, las posturas respectivas de Kripke-Putnam y A&A resultan alineadas explícitamente. Una consecuencia de este planteamiento es que A&A, como Kripke y Putnam, no son capaces de dar cuenta del componente cognoscitivo. Ante el reto que plantean los teóricos de la cognición extendida, A&A se refugian en la estructura interna de la cognición, delimitando una frontera que no debe sobrepasarse. Pero esta estrategia no aporta nada sustantivo en el contexto de la práctica real de la ciencia cognitiva, esto es, en un contexto epistémico. Menary delinea una serie de condiciones que hay que satisfacer, más allá de enredarse en infructuosos intentos de hallar la «esencia» de la cognición, en consonancia con una teoría del sentido al estilo de Dummett. Además, la crítica del contenido intrínseco queda muy debilitada ante la observación de Menary de que A&A se concentran en despojar de estatus cognitivo al cuaderno de Otto, cuando donde deben fijarse es en el sistema integrado en conjunto. Pero incluso si se interrogara adecuadamente acerca del contenido intrínseco en el nivel del sistema, la crítica no tendría efecto porque el sistema involucra procesos internos del organismo, entre los cuales por supuesto se cuentan procesos neuronales con contenido intrínseco. En cualquier caso, la preocupación debe estar puesta en el componente cognoscitivo. Menary da cuenta de él para el término «cognición». A nosotros, en tanto miembros de la comunidad, lo que nos debe interesar es la dimensión epistémica. En palabras de Dummett: “in using words of a language, the speaker is responsible to the way that language is used now, to the presently agreed practices of the community” (1978: 430). Tanto si aceptamos como si rechazamos las tesis metafísicas de Kripke y de Putnam, esto no tiene repercusiones en nuestra práctica lingüística. De la misma forma que un conjunto de descripciones elaboradas por los expertos de la comunidad que constituyen las condiciones necesarias y suficientes para determinar la extensión de un término de género natural no desempeña ningún papel en un contexto metafísico, la estructura interna no desempeña ningún papel en la determinación de la extensión de un término de género natural en un contexto epistémico.

## REFERENCIAS

- ADAMS, F. y AIZAWA, K. (2001): “The bounds of cognition”, en *Philosophical Psychology*, vol. 14, n.º 1, pp. 43-64.
- (2010): “Defending the Bounds of Cognition”, en MENARY, R. (ed.): *The Extended Mind*. The MIT Press, pp. 67-80.
- BENGOETXEA, J. B. (2009): “Mente extendida y tecnología”, en AGUIRRE, J., CEBERIO, I. y González, G. (eds.): *Racionalidad, visión, imagen*: Plaza y Valdés, Madrid, pp. 285-293.
- CLARK, A. y CHALMERS, D. [1998] (2010): “The Extended Mind”, reimpresso en MENARY, R. (ed.): *The Extended Mind*. The MIT Press, pp. 27-42.
- DUMMETT, M. (1978): *Truth and other enigmas*, Library of Congress Cataloging in Publication Data: Estados Unidos de América.
- FREGE, G. (2012): “Sobre sentido y referencia”, en VALDÉS VILLANUEVA, L. M. (comp.) (reimp. 2012): *La búsqueda del significado*, Tecnos: Madrid, pp. 29-49. Publicado originalmente en la *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik*, nueva serie, n.º 100, 1892, pp. 25-50.
- KRIPKE, S. A. [1972<sup>22</sup>] (1980): *Naming and Necessity*, Harvard University Press Cambridge: Massachusetts.
- MENARY, R. (2010a): “Introduction: The Extended Mind in Focus”, en MENARY, R. (ed.) *The Extended Mind*. The MIT Press, pp. 1-26.
- (2010b): “Cognitive Integration and the Extended Mind”, en MENARY, R. (ed.) *The Extended Mind*. The MIT Press, pp. 227-243.
- PUTNAM, H. (1973): “Meaning and Reference”, en *The Journal of Philosophy*, vol. 70, n.º 19, Seventieth Annual Meeting of the American Philosophical Association Eastern Division, (Nov. 8, 1973), pp. 699-711.
- RUSSELL, B. (1919): “Descriptions”, en *Introduction to Mathematical Philosophy*, George Allen & Unwin: Londres, pp. 167-180.
- SEARLE, J. R. (2012): “Nombres propios y descripciones”, en VALDÉS VILLANUEVA, L. M. (comp.) (reimp. 2012): *La búsqueda del significado*, Tecnos: Madrid, pp. 105-114. Publicado originalmente en EDWARDS, P. (1967): *The Encyclopedia of Philosophy*, MacMillan: Nueva York.

---

<sup>22</sup> El contenido de *Naming and Necessity* se presentó por primera vez en forma de conferencias en 1972, aunque se publicó en 1980.